

XXXIII Domingo Tiempo Ordinario

Proverbios 31, 10-13. 19-20. 30-31; Tesalonicenses 5, 1-6; Mateo 25, 14-30

«*Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante*»

13 Noviembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«*No durmamos como los demás, sino estemos vigilantes y despejados*»

No hay nada más duro en la vida que el egoísmo. Nos encierra en nuestros intereses y nos aísla del mundo. Leía hace poco: «*Las personas egoístas y/o egocéntricas, tienen dificultades para desarrollar sentimientos genuinos de empatía o consideración por los demás. Son personas que no logran ampliar su perspectiva y cuyo mundo se limita a sus propias ideas y necesidades*». Solemos conjugar los verbos en primera persona. «Yo», «mí», «me», «conmigo» están en nuestro vocabulario casi siempre. Giramos en torno a nuestros deseos y nos buscamos demasiado a nosotros mismos, mientras decimos que queremos darnos a los demás. El egoísmo se convierte en cruz para los que nos rodean. De esta forma nuestro amor se empobrece. Hablando de nuestro amor humano tan débil, decía el P. Kentenich: «*El amor fácilmente se enmohece y ablanda, generando a su vez enmohecimiento y blandura*»¹. El egoísmo nos hace blandos y volubles. El amor que se convierte en egoísta es un amor inmaduro que siembra egoísmo. Es un amor centrado en sí mismo e incapaz de ver la vida en toda su riqueza. Leía el otro día: «*Si nos acostumbramos a ver el mundo con categorías muy simples y nos volvemos ciegos a los matices y las sutilezas, nos perdemos la riqueza de las pequeñas cosas y la capacidad de descubrir lo nuevo cada día*»². El amor egoísta no logra salir de su forma simplista de ver las cosas. No descubre lo nuevo, ni la belleza y no se abre a la riqueza del verdadero amor. Santa Teresa de Jesús hablaba así del amor que no es egoísta: «*No hables nunca sin meditar antes y sin encomendarte al Señor para no decir palabras ofensivas contra nadie. No seas porfiado, sobre todo cuando se trate de cosas de poca monta. Habla con todos con recatada cordialidad. No hagas escarnio de nada. Corrige siempre con modestia y humildad. Alégrate con el alegre y entristécete con el triste. No hables mal de nadie sino de ti mismo. Si entendiéramos el valor del amor al prójimo, en nada más querriámos ya entender*». Un amor así es un amor maduro, un amor de pequeñas virtudes, un amor que mira al tú y se entrega. El problema se da cuando no somos capaces de salir de nosotros mismos. Cuando sólo buscamos nuestro bien, lo que nos apetece o lo que no nos cuesta. **Nos gusta la vida fácil y así no avanzamos. Nos cuesta salir de nosotros mismos.**

Porque el problema del egoísmo es que no permite que entreguemos por entero todo lo que Dios nos ha dado como don y tarea. Él nos ha pensado desde toda la eternidad y sólo desea que abramos nuestra vida y entreguemos todo lo que hay en nuestro interior. Todos tenemos una vocación, un camino trazado en el corazón con su mano paternal. Pero, ¡Cuánta gente vive su vida sin plantearse para qué está en este mundo! ¡Cuántas personas viven sin conocer los talentos y dones que Dios ha puesto en su alma! No nos conocemos y no nos creemos en el fondo que Dios conduzca nuestra vida. Decía Benedicto XVI: «*Mi vida no consiste en meras casualidades, sino que hay alguien que me precede y ha previsto todo para mí, que piensa y dispone mi vida. Yo puedo rehusarlo, pero también puedo*

¹ José Kentenich, “Espiritualidad de la alianza”, 37

² Xavier Quinzá Lleó, SJ, “Ordenar el caos interior”, 134

aceptarlo. Entonces soy consciente de que hay una luz providente que me dirige. Esto no quiere decir que el hombre esté predestinado, sino simplemente que tiene un destino, un fin que reclama el uso de su libertad»³. No existen las casualidades, hay un plan providente, un plan de amor. Hay cosas que sólo entenderemos en el cielo, pero de todo, también de lo malo, podremos sacar un bien. Dios conduce nuestra vida y el camino que ha pensado para nosotros nos lleva a la necesidad de superar el egoísmo que no nos deja actuar. Dios interviene en la historia y espera nuestra colaboración, porque nos necesita. ¿Estamos entregando la vida en fidelidad a la vocación a la que Dios nos llama? Decía Benedicto XVI: «Cada uno tiene su historia personal de salvación, y debemos hacer un tesoro de esta historia, tener siempre presentes en la memoria las grandes cosas que Dios ha hecho en mi vida, para tener confianza». Nuestra historia es un caminar de la mano de Dios, descifrando signos, descubriendo caminos. Muchas personas llegan a la edad adulta sin saber para qué han sido creados, sin entender los planes de Dios, sin conocer los talentos que tienen que desarrollar. Podemos acabar escondiendo nuestros talentos, como escuchamos hoy en la parábola. Decía San Gregorio Magno: «Esconder en tierra el talento, es emplear el ingenio en asuntos terrenales». Las lecturas de hoy nos hacen reflexionar sobre **esta vida nuestra que en ocasiones dejamos pasar sin muchas profundidades, sin buscar a Dios.**

La parábola que hoy escuchamos nos habla de nuestra propia vida. Está Jesús hablando del Reino y dice: «Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó». Dios nos deja sus bienes y sus dones se convierten en tarea. En su liberalidad nos entrega el mando de nuestra vida. Y cada uno, con sus talentos distintos, recibe una diferente vocación. Comentaba Benedicto XVI al hacer mención de esta parábola: «Allí se entregan cinco talentos y, el hombre que los recibe, recibe al mismo tiempo un determinado encargo que puede cumplir o no cumplir. En cualquier caso cada hombre recibe una misión, la suya, cada uno recibe un talento particular y ninguno es superfluo, ninguno es en vano. Por eso el hombre debe saber para qué ha sido llamado a la vida y, luego, ver cuál es su respuesta a esa llamada»⁴. La vida muchas veces decide por nosotros y no somos capaces de decidir. Pasan los años y no logramos descubrir el querer de Dios. ¿Qué puede querer Dios de nosotros? ¡Cuánta gente lleva toda la vida preguntándose qué hacer con su tiempo y sus talentos, pero el tiempo se les escapa y no hacen nada! Cuando somos jóvenes y tenemos toda la vida por delante nos da miedo arriesgar y perder. Cuando *envejecemos pensamos que ya es demasiado tarde, que hemos perdido el tren de la vida.*

Los empleados tienen distintas actitudes en la vida. Unos los invierten y reciben mucho más de lo que dan: «El que recibió cinco talentos fue en seguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos». Suele ser así, cuando repartimos a manos llenas, recibimos mucho más. Por eso el Señor se alegra al recibir a los que no han tenido miedo de entregar la vida. Y en el momento del juicio los premia: «Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que habla recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: -Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco. Su señor le dijo: -Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor. Se acercó luego el que habla recibido dos talentos y dijo: -Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos. Su señor le dijo: -Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor». Premia a los que han actuado con generosidad. Da más responsabilidad a los que han sido fieles y cumplidores. El que es fiel en lo pequeño, lo será sin duda en lo grande. Dios premia la fidelidad, la generosidad con lo que hemos recibido. El salmo nos lo

³ Joseph Ratzinger, “la sal de la tierra”, 46

⁴ Joseph Ratzinger, “la sal de la tierra”, 46

recuerda: «*Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida*». Sal 127, 1-2. 3. 4-5. Dichoso quien teme al Señor y le entrega la vida. El temor del hijo es un temor sano que lleva a dar todo lo recibido. Dios quiere que entreguemos lo que hemos recibido gratis. Se trata de nuestra identidad personal, de aquello que Dios quiere que lleguemos a ser. Se trata de usar lo que nos han dado y no malgastar los talentos escondiéndolos con miedo. No se puede guardar aunque parezca lo más prudente. Hay que vencer nuestros miedos y arriesgar la vida. No podemos caer en las comparaciones con otros, con los que han recibido más. El corazón se envenena cuando se compara. Hay que aprender a ser generosos y no envidiosos. Los talentos se complementan los unos con los otros. Decía Jean Vanier: «*Una comunidad es como una orquesta que toca una sinfonía. Cuando cada instrumento toca solo, está bien y es hermoso. Pero cuando todos tocan juntos, dejando uno al otro que se adelante, en el momento preciso, es aún mejor y más hermoso*». Estamos llamados a componer una sinfonía con nuestra vida, la mejor canción. Sin creernos más importantes, sin mirar con envidia a los demás. Todos tenemos talentos maravillosos. Si aprendiéramos a estar contentos con lo recibido no viviríamos tristes comparándonos. Deberíamos ser capaces de decir en cada instante, mirando nuestro interior, qué talentos nos ha regalado Dios. Una persona me decía: «*Dios ama nuestra originalidad y peculiar forma de ser, de modo que hay que afanarse en cultivar nuestra personalidad, para ser más auténticos y responder así a esa insinuación que Dios desliza en el alma al crearnos*». Estamos llamados a entregar lo más verdadero que hay en el corazón. El P. Kentenich lo llamaba nuestro ideal personal. **Es el sentido más profundo y auténtico de nuestra vida.**

La otra actitud es la de aquel que esconde el talento recibido: «*En cambio, el que recibió uno hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor*». Cuando llega el amo a buscar lo suyo, el empleado se deshace en explicaciones: «*Finalmente, se acercó el que había recibido un talento y dijo: -Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparses, tuve miedo y fui a esconder mi talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo*». Se excusa ante Dios, como dice San Jerónimo: «*En verdad está escrito "para excusar con excusas sus pecados"* (Sal 140,4), esto sucede a este siervo, añadiendo el pecado de soberbia a los de pereza y negligencia. Porque el que debió confesar sencillamente su inercia y rogar al Padre de familia, por el contrario, le calumnia, y pretende haber obrado con prudencia, no exponiéndose a perder el dinero buscando ganancias». El siervo que esconde su talento, aunque pueda parecer que actúa con prudencia, lo hace egoístamente. Decía el P. Kentenich: «*Si me reservo algo para mí, si no me dono totalmente, me perderé. No llegaré a ser la personalidad que hubiera podido llegar a ser*»⁵. Cuando no nos damos por entero estamos siendo negligentes, estamos dejando de lado la voluntad de Dios. Por eso es tan dura la respuesta del Señor: «*El señor le respondió: -Eres un empleado negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil echadle fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes*». Mateo 25, 14-30. El Señor no soporta el egoísmo, la forma mezquina de vivir y de amar. Su respuesta es dura y al que no tiene le quitará hasta lo que no tiene, por mezquino. El egoísmo es juzgado. Da al que tiene y le quita al que no tiene. La pregunta es cómo usamos los bienes que nos han entregado. No tolera nuestra negligencia y nuestra falta de amor en la entrega. **Y menos aún tolera que justifiquemos nuestra actitud revistiéndola de prudencia.**

A veces en la vida le podemos dar importancia a cosas que no la tienen. La primera lectura nos lo recuerda: «*Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura, la que teme al Señor*

⁵ J. Kentenich, “Una Señal en el cielo”, 222

merece alabanza. Cantadle por el éxito de su trabajo, que sus obras la alaben en la plaza».

Proverbios 31, 10-13. 19-20. Hay talentos que mueren con los años y otros que maduran y se enriquecen con el paso de los días. Los talentos más importantes son éstos, aunque el mundo nos lleva a poner todo el valor en aquellos que se pierden con la edad. El mundo valora mucho el físico, la salud, la capacidad intelectual. Son talentos valiosos, sin duda, pero pasan los años y los perdemos sin poder evitarlo. Los años pasan. Nos podemos aferrar a ellos en un intento inmaduro por detener el tiempo. Nos gusta parecer más jóvenes, siempre en forma y al día de todo lo que ocurre. Pero, en realidad, sólo podemos valorar esos talentos como un regalo pasajero y utilizarlos para un bien mayor que nosotros mismos, mayor que nuestro propio bien o interés. La venezolana Ivian Sarcos, de 22 años de edad, fue coronada hace poco ganadora del concurso de belleza Miss Mundo 2011. Dice la primera lectura: «*Fugaz la hermosura*». Porque es un don que se nos escapa de las manos. Pero esta mujer, sirviéndose del don recibido, dio un testimonio muy valioso ante las cámaras: «*A veces pensamos que todo lo malo que pasa en la vida es malo, y no es así. No tener a mis padres fue algo duro, pero me enseñó muchísimo. Creo que Dios tiene un plan divino para cada ser humano*». Recibimos muchos dones y podemos utilizarlos como Dios nos pide o bien sólo servirnos de ellos para fines egoístas. Todo talento, aunque sea pasajero, se nos ha dado para ponerlo al servicio de Cristo. No tenemos que ser cobardes. Hacen falta hombres que den testimonio a través de los talentos recibidos. Hay también talentos que con el tiempo mejoran. Son talentos que el mundo valora menos. Talentos como la capacidad para escuchar, para servir desinteresadamente, para pacificar los corazones, para trabajar con personas muy diferentes, para unir en medio de la diversidad, para construir y luchar por lo que el corazón sueña. Todos tenemos talentos, aunque pensemos que no. A veces no los valoramos y los enterramos con miedo. Es el miedo al rechazo lo que nos impide poner en juego el talento que Dios nos ha dado. Entonces dejamos que muera y no dé su fruto. **Por eso es tan importante sacar lo mejor de nosotros mismos, lo más noble y desplegar así todo lo bueno que tenemos.**

Muchas veces andamos preocupados por demasiadas cosas sin confiar en el plan de Dios. Lo decíamos antes, Dios nos conduce según un plan de amor y espera nuestro sí a sus planes. Pero nosotros nos agobiamos ante el futuro, ante los posibles imprevistos que pueden ocurrir y vivimos demasiado preocupados por la vida. Nos agobiamos antes de que tengamos que ocuparnos de los problemas. Hoy nos dice S. Pablo: «*En lo referente al tiempo y a las circunstancias no necesitáis que os escriba. Sabéis perfectamente que el día del Señor llegará como un ladrón en la noche. Cuando estén diciendo: «Paz y seguridad», entonces, de improviso, les sobrevendrá la ruina, como los dolores de parto a la que está encinta, y no podrán escapar. Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, para que ese día no os sorprenda como un ladrón, porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no lo sois de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no durmamos como los demás, sino estemos vigilantes y despejados.*» Tesalonicenses 5, 1-6. Previvimos y sufrimos con futuribles que luego nunca llegan a hacerse realidad. No sabemos el futuro y caminamos en la oscuridad de la vida. Nos gustaría averiguar el futuro para tener más paz, pero ni siquiera el hecho de saber nuestro camino nos asegura la tranquilidad. Sólo sabemos que tenemos que estar despiertos. En ocasiones nuestras preocupaciones puede que estén justificadas, debido a la inseguridad de nuestros días; percibimos la falta de esperanza en el mundo que nos rodea. Soñamos con un mundo perfecto y éste sólo existe en el cielo. No obstante, como hombres de fe y de luz, queremos aprender a mirar con optimismo y paz el futuro, sin miedos; no queremos vivir llenos de angustia y preocupados por cosas que todavía no han sucedido. **Tenemos que aprender a ser dóciles a su voluntad y a confiar, caminando con audacia.**

María quiere darnos hoy su paz y enseñarnos el camino de la confianza. Ella también se preocupó en su vida terrena. Su naturaleza humana sufrió cuando Jesús, con doce años, se perdió en Jerusalén. Era Madre y temía por la suerte de su Hijo. El otro día una

persona hacía la siguiente reflexión: «*Cuando María y José perdieron al Niño Jesús y lo hallaron reunido en el Templo, María, con un nudo en la garganta, le dijo: «Nos tenías preocupados». Cuando hoy en día se te pierde el niño, y luego lo encuentras, le pegas un grito y tiras de él como si fuera un animalito. ¿Qué dirá hoy de nosotros María? Estará muchísimo más preocupada*». María hoy nos busca sin descanso, quiere que encontremos en Ella su paz. Hoy la miramos con confianza. Estamos muy perdidos. Pero no precisamente ocupándonos de las cosas de nuestro Padre. Estamos más bien preocupados de nuestro propio bien, de lo que nos interesa, de nuestros asuntos, no siempre tan santos. Estamos perdidos y María, como lo hizo entonces, como lo hace siempre, se pone en camino a buscarnos. Seguramente con un nudo en la garganta, inquieta y temiendo por nuestra suerte. Sale a nuestro encuentro y nosotros no la vemos. Nos grita y no la oímos. Cuando nos encuentre, con ternura, nos dirá como le dijo a su Hijo: «*Hijo, nos teníais muy preocupados*». Pero es necesario que nos dejemos encontrar y tocar por sus manos de Madre. Es necesario ponernos a tiro para que Ella pueda dar con nosotros. María aparece ante el hombre como la mujer fiel. El amor a María no nos hace más blandos, al contrario, nos fortalece. Dice el P. Kentenich: «*Ella está ante nosotros como la entrega total a Cristo personificada. No hay nada que vigorice tanto como el amor íntimo a María*»⁶. A través del amor cálido y profundo a nuestra Madre nos hacemos más fuertes en el amor y en la entrega, más libres y capaces de dar todo nuestro amor. El amor siempre asemeja. Por eso es tan necesario crecer en nuestro amor personal y cálido a María. El peligro en nuestro camino de fe es enamorarnos sólo de una idea, de un ideal, y dejar que la religión se quede en la cabeza y no toque el corazón. El P. Kentenich decía: «*La religión es entrega de persona a persona. Cuidaos de no considerar a María solamente como un símbolo*»⁷. **Queremos cuidar ese amor personal, queremos dejarnos cuidar por Ella. Le entregamos el corazón.**

Hemos celebrado esta semana a María, nuestra Señora de la Almudena. Se dice que la imagen era ya venerada como «*Santa María de la Vega*» antes de la invasión musulmana, y fue cuidadosamente escondida con su llegada. Lo primero que nos alegra es la fe sencilla de una doncella cristiana, Maritana. Ella escondió la imagen dentro de un muro y la dejó con dos velas encendidas. ¡Qué amor tan grande a María! ¡Qué grande su deseo de no dejar sola a María! Las dos velas son signo de veneración y de fe. Muchas veces no somos capaces de expresarle nuestro amor a María, tampoco a las personas a las que queremos. Las velas son la expresión sencilla de un amor que no quiere morir detrás de unos muros. Es el amor que se expresa con humildad, sin pretensiones, sin testigos. Sólo en la oscuridad del muro se veía iluminado el amor de aquella mujer. Así quisiera ser nuestro amor a Dios y a las personas que Dios pone en el camino. Un amor humilde y sencillo. Esas velas se mantuvieron encendidas durante casi cuatro siglos. Es la fidelidad del amor. El fuego no se apagó y tampoco la cera se consumió. La fe de la Maritana expresa el deseo del corazón del hombre que sueña con que su amor sea eterno. El fuego del amor, el fuego de la fe. Pasaron muchos años hasta que el rey Alfonso VI, después de la conquista de Toledo, organizó toda clase de oraciones buscando la imagen. Llegó así el día en que cayeron las murallas y dejaron a María al descubierto. Estos hechos ocurrieron en 1085. El amor de la oración rompió el muro que ocultaba a María. Las velas seguían encendidas. Cayeron los muros y María volvió a ver a sus hijos. Y, posiblemente, como siempre, les dijo: «*Me teníais tan preocupada*». El rey le concedió el título de Reina: «*Santa María la Real de la Almudena*». Reina de la vida de los hombres, porque en nosotros gobierna. María, desde su ciudadela, vela por nuestra ciudad, por todos nosotros. Ella está preocupada e inquieta, porque vivimos perdidos sin hallar su paz. Le da pena ver a los hombres vivir sin esperanza, en un mundo convulso. María nos abraza y nosotros nos dejamos abrazar, dejamos que tome nuestra vida en sus manos y nos eduque.

⁶ J. Kentenich, “Una Señal en el cielo”, 223

⁷ J. Kentenich, “Una Señal en el cielo”, 225